Carta 159 – Sobre la codicia, camino de corrupción

A DELFÍN, ASOMBRADO ANTE LA CANTIDAD DE CASOS DE CORRUPCIÓN QUE ENSUCIAN NUESTRA VIDA SOCIAL

Estimado Delfín:

En nuestra última conversación por teléfono te mostraste muy preocupado por la cantidad de noticias que repiten y repiten los telediarios sobre diversos casos de corrupción. Es como una plaga que todo lo envenena, como un virus para el que no encontramos una vacuna eficaz.

En su tiempo el genio de Dante llegó a decir que *"los que creen que el dinero lo consigue todo, son capaces de todo con tal de conseguirlo"*. Así es. La codicia, el afán excesivo de riquezas, nos hace caer en la tentación del venenoso consumismo, verdadero cáncer para la persona, la familia y la misma sociedad. La codicia es al fin la fuente del agua sucia que llamamos corrupción.

Una copla popular de nuestra niñez cantaba la triste realidad de este pecado capital:

"Todos queremos más, todos queremos más,
todos queremos más y más y más y mucho más.
El pobre quiere más, el rico mucho más y nadie con su suerte se quiere conformar.
El que tiene un peso quiere tener dos, el que tiene cinco quiere tener diez,
el que tiene veinte busca los cuarenta, y el de los cincuenta quiere tener cien".

El Consorcio puso al día esta canción. Nosotros la recordamos sin saber quién fue su autor.

El problema no es solamente nuestro. Hay un cuento chino sobre el pecado de la codicia, una gran fábula china que se titula *El hombre que no vio a nadie:*

"Se reunían ese día en el mercado un buen número de comerciantes. Entre ellos, un hombre que vendía oro. De pronto, un joven se acercó y, a plena luz del día y ante todas las miradas, robó una onza de oro y salió corriendo.
No tardaron mucho en apresarlo, y entonces el comerciante le preguntó:
– Pero… ¿por qué has robado el oro a la vista de todo el mundo?
El joven, apesadumbrado, respondió:
– Cuando tomé el oro no vi a nadie. No vi más que el oro".

La moraleja decía: «*La avaricia transforma todo lo que tenemos a nuestro alrededor*».

La lectura del Evangelio según san Lucas nos trasmite una parábola de Jesús sobre la triste consecuencia de la codicia que muestra a las claras nuestra necedad y nuestra auténtica pobreza:

"En aquel tiempo, dijo uno de entre la gente a Jesús: «Maestro, dile a mi hermano que reparta conmigo la herencia».
Él le dijo: «Hombre, ¿quién me ha constituido juez o árbitro entre vosotros?».
Y les dijo: «Mirad: guardaos de toda clase de codicia. Pues, aunque uno ande sobrado, su vida no depende de sus bienes».
Y les propuso una parábola: «Las tierras de un hombre rico produjeron una gran cosecha.
Y empezó a echar cálculos, diciéndose: "¿Qué haré? No tengo donde almacenar la cosecha".
Y se dijo: "Haré lo siguiente: derribaré los graneros y construiré otros más grandes, y almacenaré allí todo el trigo y mis bienes. Y entonces me diré a mí mismo: alma mía, tienes bienes almacenados para muchos años; descansa, come, bebe, banquetea alegremente".
Pero Dios le dijo: "Necio, esta noche te van a reclamar el alma, y ¿de quién será lo que has preparado?".
Así es el que atesora para sí y no es rico ante Dios» (Lc 12, 13-21).

El apóstol san Pablo en su Carta a los Colosenses escribió sobre la codicia y dijo claramente que era una idolatría:

> *"Hermanos: Si habéis resucitado con Cristo, buscad los bienes de allá arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios; aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra.*
> *Porque habéis muerto; y vuestra vida está con Cristo escondida en Dios. Cuando aparezca Cristo, vida vuestra, entonces también vosotros apareceréis gloriosos, juntamente con él.*
> *En consecuencia, dad muerte a todo lo terreno que hay en vosotros: la fornicación, la impureza, la pasión, la codicia y la avaricia que son una idolatría"* (Col 3, 1-5. 9-11).

En la larga historia de la Iglesia los santos Padres predicaron frecuentemente sobre la codicia y la condenaron con dureza como puerta abierta a la gran corrupción. Ponemos un ejemplo tomando palabras de San Ambrosio de Milán:

> *"Vosotros, ricos, sois esclavos, y vuestra esclavitud es miserable porque servís al error, a la concupiscencia y a la avaricia que nunca se sacia. La codicia es como un abismo sin fondo que hunde cada vez más lo que agarra, y como un pozo que, cuando rebosa, se llena de cieno y ensucia la tierra alrededor, inficionándose más y más. También os conviene sacar una enseñanza de este ejemplo. En efecto, si de un pozo no se extrae nada, fácilmente se corrompe el agua por la inactividad y la hondura; por el contrario, el sacarla frecuentemente hace al agua límpida y potable. Así sucede con un conjunto de riquezas, montón de polvo si no se utiliza, se hace precioso por el uso y permanece inútil si permanece guardado. Extrae, pues, algo de este pozo. El agua apaga el fuego ardiente y la limosna borra los pecados; pero el agua estancada pronto cría gusanos. No permanezca inmóvil tu tesoro, a fin de que no te rodee continuamente el fuego. Y te rodeará si no empleas tu tesoro en obras de misericordia. Considera, ¡oh, rico! En qué incendio estás metido. Tu voz es la de aquel que decía. "Padre, Abrahán, di a Lázaro que moje el extremo de su dedo en agua y humedezca mi lengua"* (De Naboth, 52).

Hasta aquí la reflexión con algunos textos sobre la codicia. Es una muestra pequeñísima. Sigamos, amigo Delfín, coleccionando textos que nos despierten del sueño plácido en que hemos caído tantas veces acurrucados sobre el diván y arrullados por las maravillas que nos proponen tanto la publicidad como la moda. Algunos de nuestros medios de comunicación condenan los frutos de la codicia mientras que ellos mismos, con su constante insistencia, los fomentan.

Florentino Gutiérrez Sánchez. Sacerdote
www.semillacristiana.com

Salamanca, 10 de octubre de 2025